

S. BERNARDO ABAD CONTRA CIERTOS CAPÍTULOOS DE LOS ERRORES DE ABELARDO CARTA CXC O TRATADO A INOCENCIO II PONTÍFICE

644 PREFACIO.

Al amadísimoo padre, el señor INOCENCIO, sumo Pontífice, el hermano BERNARDO, llamado abad de Claraval, lo poco que es.

Es necesario referir a vuestro apostolado todos los peligros y escándalos que surgen en el reino de Dios, especialmente aquellos que afectan a la fe. Considero digno que los daños a la fe se reparen principalmente allí donde la fe no puede sentir defecto. Esta es, de hecho, la prerrogativa de esta Sede. Pues, ¿a quién más se le ha dicho alguna vez: Yo he rogado por ti, Pedro, para que no desfallezca tu fe? Por lo tanto, lo que sigue se exige del sucesor de Pedro: Y tú, una vez convertido, confirma a tus hermanos (Luc. XXII, 32). Esto es ciertamente necesario ahora. Es tiempo de que reconozcáis, amadísimoo Padre, vuestro liderazgo; demostréis celo, honréis el ministerio. Cumplís claramente el papel de Pedro, cuya sede ocupáis, si con vuestra amonestación confirmáis los corazones vacilantes en la fe, si con vuestra autoridad aplastáis a los corruptores de la fe.

CAPÍTULO PRIMERO. Recuerda y rechaza los impíos dogmas de Abelardo sobre la santa Trinidad.

1. Tenemos en Francia un nuevo teólogo de un antiguo maestro, que desde su juventud ha jugado con el arte de la dialéctica y ahora delira con las Sagradas Escrituras. Intenta resucitar dogmas condenados y olvidados, tanto suyos como ajenos, e incluso añade nuevos. Mientras se digna no ignorar nada de lo que está en el cielo arriba y en la tierra abajo, excepto solo el No sé, pone su boca en el cielo y escudriña las profundidades de Dios, y regresando a nosotros relata palabras inefables que no es lícito al hombre pronunciar, y mientras está dispuesto a dar razón de todo, incluso de lo que está por encima de la razón, presume y actúa contra la razón y contra la fe. Pues, ¿qué es más contra la razón que intentar trascender la razón con la razón? Y, ¿qué es más contra la fe que no querer creer nada que no pueda alcanzarse con la razón? Finalmente, queriendo exponer aquello del Sabio [o Salomón], Quien cree rápidamente es de corazón ligero (Eclo. XIX, 4), dice: "Crear rápidamente es dar fe antes de la razón"; cuando Salomón no habla de la fe en Dios, sino de la credulidad mutua entre nosotros. Pues el bienaventurado papa Gregorio niega claramente que la fe en Dios tenga mérito si la razón humana proporciona prueba: pero alaba a los Apóstoles, que siguieron al Redentor a la voz de una sola orden. (Homilía 26 en el Evangelio). Sabe ciertamente que se dijo como alabanza: En el oído me obedeció (Sal. XVII, 45); increpa a los discípulos porque creyeron tardíamente (Mar. XVI, 14). Finalmente, María es alabada porque la razón precedió a la fe; y Zacarías es castigado porque intentó la fe con la razón (Luc. I, 45, 20); y nuevamente Abraham es elogiado porque creyó contra toda esperanza (Rom. IV, 18).

645 2. Pero nuestro teólogo, por el contrario, dice: "¿De qué sirve hablar en la enseñanza si lo que queremos enseñar no puede ser expuesto para que se entienda?" Y así, prometiendo entendimiento a sus oyentes, incluso en aquellas cosas que son más sublimes y sagradas contenidas en el profundo seno de la sagrada fe, pone grados en la Trinidad, modos en la majestad, números en la eternidad. Finalmente, establece que "Dios Padre es plena potencia, el Hijo es una cierta potencia, el Espíritu Santo ninguna potencia: y que el Hijo es al Padre lo que una cierta potencia es a la potencia, lo que la especie es al género, lo que lo material es a la materia, lo que el hombre es al animal, lo que el sello de bronce es al bronce." ¿No es esto más que Arrio? ¿Quién puede soportar esto? ¿Quién no cerrará los oídos a estas voces

sacrílegas? ¿Quién no temerá estas profanas novedades de palabras y sentidos? También dice que "el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo, pero de ninguna manera es de la sustancia del Padre o del Hijo." ¿De dónde entonces? ¿Acaso del nada, como todas las cosas que fueron hechas? Pues el Apóstol no niega que ellas sean de Dios, y no teme decir: De quien son todas las cosas (Rom. XI, 36). ¿Qué diremos entonces? ¿Que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo de ninguna otra manera que todas las cosas, es decir, no esencialmente, sino creativamente; y por lo tanto creado como todas las cosas? ¿O acaso encontrará un tercer modo para producirlo del Padre y del Hijo, el hombre que siempre busca novedades y finge lo que no encuentra, afirmando cosas que no son como si fueran? "Pero si fuera," dice, "de la sustancia del Padre, ciertamente sería engendrado, y el Padre tendría dos hijos." Como si todo lo que es de alguna sustancia tuviera necesariamente a quien es de ella como su progenitor. ¿Acaso los piojos, o las liendres, o los flemas son hijos de la carne, o no son de la sustancia de la carne? ¿O los gusanos que salen de la madera podrida, son de otra cosa que de la sustancia de la madera, que sin embargo no son hijos de la madera? Pero también las polillas tienen sustancia de los paños, pero no generación: y muchas cosas de este modo.

3. Me maravillo, sin embargo, de cómo un hombre agudo y erudito, como él mismo se considera, puede, mientras confiesa que el Espíritu Santo es consustancial al Padre y al Hijo, negar que procede de la sustancia del Padre y del Hijo. A menos que quiera que ellos procedan de su sustancia: lo cual es inaudito y nefando. Si, sin embargo, ni él es de la sustancia de ellos, ni ellos de la suya; ¿dónde, pregunto, está la consustancialidad? O bien confiese con la Iglesia que el Espíritu Santo es de la sustancia de aquellos de quienes no niega que procede; o ciertamente, con Arrio, niegue la consustancialidad y proclame abiertamente la creación. Además, si el Hijo es de la sustancia del Padre, el Espíritu Santo no lo es: deben diferir necesariamente entre sí, no solo porque el Espíritu Santo no es engendrado, lo que el Hijo es; sino también porque el Hijo es de la sustancia del Padre, lo que el Espíritu Santo no es. Esta última diferencia la Iglesia Católica hasta ahora no ha conocido. Si la admitimos, ¿dónde está la Trinidad, dónde la Unidad? Pues si el Espíritu Santo y el Hijo difieren entre sí por una nueva multitud de diferencias, la unidad se disipa: especialmente cuando es evidente que la diferencia que este intenta introducir es sustancial. Además, si el Espíritu Santo se aparta de la sustancia del Padre y del Hijo, no queda Trinidad, sino dualidad. Pues no es digno admitir en la Trinidad a una persona que no tiene nada en común en sustancia con las demás. Por lo tanto, deje de separar la procesión del Espíritu Santo de la sustancia del Padre y del Hijo; no sea que, por una doble impiedad, disminuya el número a la Trinidad y lo atribuya a la Unidad: lo cual la fe cristiana rechaza. Y para que no parezca que me apoyo solo en razones humanas sobre un asunto tan importante, lea la carta de Jerónimo a Avito: y ciertamente verá entre otras blasfemias de Orígenes que refuta, también esto, detestando que dijera que el Espíritu Santo no es de la sustancia del Padre. El bienaventurado Atanasio en el libro sobre la unidad de la Trinidad habla así: "Cuando mencioné a Dios solo, no indiqué solo la persona del Padre: porque no negué que el Hijo y el Espíritu Santo sean de esta misma única sustancia del Padre." Esto dice Atanasio.

CAPÍTULO II. En la Trinidad no debe admitirse ninguna disparidad, sino una igualdad total.

4. Vuestra Santidad ve cómo, con este no discutiendo, sino delirando, ni la Trinidad se mantiene unida, ni la Unidad se sostiene; y esto ciertamente no sin injuria a la majestad. Pues lo que sea que Dios es, sin duda es aquello que no puede ser pensado algo mayor. Si, por lo tanto, en esta única y suprema majestad, según la consideración de las personas, admitimos que algo, aunque sea poco, cojea, mientras que lo que se da más a uno se disminuye a otro; ciertamente es menos todo que aquello que no puede ser pensado algo mayor. Pues sin duda

es mayor lo que es todo máximo, que lo que es en parte. Aquel que estima dignamente la magnificencia divina según su capacidad, no piensa nada dispar en ella, donde todo es supremo; nada distante, donde todo es uno; nada abierto, donde todo es íntegro; nada finalmente imperfecto o necesitado, donde todo es todo. Todo es el Padre, lo que el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo; todo es el Hijo, lo que él mismo y el Padre y el Espíritu Santo; todo es el Espíritu Santo, lo que él mismo y el Padre y el Hijo. Y todo, uno es todo, ni sobreabundante en los tres, ni disminuido en los individuos. Pues no dividen entre sí el verdadero y supremo bien, que son, de manera particular: porque no lo poseen participativamente, sino que son esencialmente eso mismo. Pues lo que se dice verdaderamente de uno respecto a otro, es designación de personas, no división de la unidad. Aunque en esta esencia inefable e incomprensible de la Deidad, se diga sobria y católicamente otro y otro (esto lo requieren las propiedades de las personas); sin embargo, allí no hay otro y otro, sino un simple uno: de modo que ni la confesión de la Trinidad perjudique a la Unidad; ni la exclusión de las propiedades sea una verdadera afirmación de la Unidad. Por lo tanto, esté tan lejos de nuestros sentidos, como lo está de la regla de la verdad, aquella execrable disimilitud de género y especie; y no menos aquella del bronce y del sello de bronce: porque, dado que el género y la especie, en lo que respecta a sí mismos, uno es superior, la otra inferior, pero Dios es uno; nunca, ciertamente, convendrá a tanta igualdad y tanta disparidad. Y nuevamente, del bronce y de cierto bronce, que es el sello de bronce, porque lo que de allí se usa en la misma razón de similitud, es similar a esto, el mismo juicio. Pues dado que la especie, como dije, es menor e inferior al género, esté lejos de nosotros pensar esta diversidad en el Padre y el Hijo; esté lejos de nosotros aceptar a quien dice que el Hijo es al Padre lo que la especie al género, lo que el hombre al animal, lo que el sello de bronce al bronce, lo que una cierta potencia a la potencia. Pues todas estas cosas, en su mutua conexión de naturaleza, son superiores e inferiores entre sí: y por esto no debe admitirse ninguna similitud de estas con aquello, donde no hay nada desigual, nada disímil. Veis de cuánta ignorancia o impiedad descende la invención de estas similitudes.

CAPÍTULO III. Combate el absurdo dogma de Abelardo, que atribuye nombres absolutos y esenciales a una sola persona de manera propia y especial.

5. Aún observad más claramente lo que siente, enseña, escribe. Dice que la potencia pertenece propiamente y especialmente al Padre, y la sabiduría al Hijo: lo cual es falso. Pues tanto el Padre es sabiduría, como el Hijo es potencia, verdaderamente y sanamente se dicen: y lo que es común a ambos, no será propio de cada uno. Son ciertamente otros los vocablos que no se dicen de sí mismos, sino de uno respecto al otro: y por eso es propio de cada uno, y no común con el otro. Pues quien es Padre, no es Hijo; y quien es Hijo, no es Padre: porque no lo que es de sí, sino lo que es respecto al Hijo, se designa con el nombre de Padre; y también con el nombre de Hijo, no lo que es de sí, sino lo que es respecto al Padre, se expresa. No así la potencia, no así la sabiduría, ni otras muchas, que se dicen de sí: y el Padre y el Hijo no singularmente, uno respecto al otro. "No," dice, "sino que encontramos que la omnipotencia pertenece propiamente o especialmente a la propiedad de la persona del Padre, porque no solo puede hacer todo igualmente con las otras dos personas, sino que también él solo tiene existencia de sí mismo, no de otro: y así como tiene existencia de sí mismo, también tiene poder de sí mismo." (ABAEVARDO, Teología, libro I, pág. 990.) ¡Oh, otro Aristóteles! ¿No es por la misma razón, si esto fuera razón, que la sabiduría y la benignidad pertenecerían propiamente al Padre: ya que tanto saber, como ser benigno, el Padre lo tiene igualmente de sí mismo, y no de otro, como también el ser y el poder? Si no lo niega (pues no puede por razón), ¿qué hará, pregunto, con su noble partición, en la que asignó al Padre la potencia, al Hijo la sabiduría, y al Espíritu Santo la benignidad propiamente y especialmente? Pues una y

la misma cosa no puede convenir propiamente a dos, es decir, que sea propia de cada uno. Elija lo que quiera: o dé la sabiduría al Hijo, y quítesela al Padre; o asígnela al Padre, y quítesela al Hijo; y nuevamente asigne la benignidad al Espíritu Santo sin el Padre, o al Padre sin el Espíritu Santo: o ciertamente deje de hacer propios los nombres comunes, y al Padre, porque tiene la potencia de sí mismo, no por eso se atreva a concederle propia: no sea que también la benignidad y la sabiduría, que igualmente tiene de sí mismo, se vea obligado a asignarle propias por su razón.

6. Pero esperemos aún, y veamos cómo nuestro teólogo contempla teóricamente las cosas invisibles de Dios. Dice, como he dicho, que la omnipotencia pertenece propiamente al Padre; y esta, para que sea íntegra y perfecta, la establece en el actuar y discernir. Por otro lado, al Hijo, como ya se ha dicho, le asigna la sabiduría, y define que esta no es simplemente potencia, sino una cierta potencia en Dios, es decir, potencia solo de discernir. Tal vez teme hacer injuria al Padre, si da tanto al Hijo como a él: y a quien no se atreve a dar potencia íntegra, le concede la mitad. Y lo que dice, lo declara con ejemplos manifiestos, afirmando que la potencia de discernir, que es el Hijo, es una cierta potencia, así como el hombre es un cierto animal, y el sello de bronce es un cierto bronce: y que la potencia de discernir es a la potencia de actuar y discernir, es decir, el Hijo al Padre, lo que el hombre es al animal, lo que el sello de bronce es al bronce. "Pues así como," dice, "de lo que es el sello de bronce, exige necesariamente que sea bronce; y de lo que es hombre, que sea animal, pero no al revés: así la sabiduría divina, que es potencia de discernir, exige que sea potencia divina, pero no al revés (ABAEARDO, Teología, lib. II, pág. 1083)." ¿Qué entonces? ¿Quieres que según tu similitud, a semejanza de los precedentes, también de esto que es el Hijo, exija que sea el Padre; es decir, que quien es Hijo, sea el Padre, aunque no al revés? Si dices esto, eres hereje: si no lo dices, la similitud es vacía.

7. ¿Para qué, entonces, te tomas tanto trabajo en buscar de lejos cosas menos convenientes, las recoges con tanto esfuerzo, las inculcas con tanta multiplicidad vana de palabras, las ensalzas con tantas alabanzas, si no hace para lo que se trae, a saber, que los miembros se reduzcan a miembros con proporciones congruentes? ¿No es este el trabajo, este el esfuerzo, para que nos enseñes a través de ella la relación que hay entre el Padre y el Hijo? Sin embargo, mantenemos, enseñándote, que se pone al hombre en la posición de animal, pero no al revés según la regla de tu dialéctica: donde no se pone la especie al poner el género, sino que al poner la especie se pone el género. Cuando, por lo tanto, refieres al Padre al género, al Hijo a la especie; la razón de la similitud no exige que muestres que al poner al Hijo, se pone al Padre, y no se convierte? ¿Para que, como quien es hombre, necesariamente es animal, pero no se convierte; así también quien es Hijo necesariamente sea Padre, y no se convierta igualmente? Pero te contradice en esto la fe católica, que ciertamente rechaza ambos, tanto que el Padre sea quien es Hijo, como que sea Hijo quien es Padre. Pues otro sin duda es el Padre, y otro el Hijo: aunque no otra cosa es el Padre, que el Hijo. Pues por Otro y Otra cosa, la piedad de la fe sabe discernir cautelosamente entre las propiedades de las personas y la unidad indivisa de la esencia; y manteniendo el camino medio, avanza por el camino real: para que no se desvíe a la derecha, confundiendo las personas; ni mire a la izquierda, dividiendo la sustancia. Si dices que por el simple ser verdaderamente se sigue que si es Hijo, necesariamente sea Padre; nada te ayuda, ya que la razón de la relación necesariamente exige que se convierta, y la misma verdad acompañe la convertida: lo cual no conviene a la similitud traída de género y especie, o de bronce y sello de bronce. Pues no, como por el simple ser solamente se dice verdaderamente. Si es Padre, es Hijo; y si es Hijo, es Padre: así también podemos tejer una consecuencia convertible en verdad entre hombre y animal, o entre sello de bronce y bronce. Pues aunque sea verdad decir, Si es hombre, es animal: no

obstante, no es verdadera la convertida, que dice, Si es animal, es hombre. Y también si es sello de bronce, necesariamente sigue que sea bronce; no obstante, si es bronce, no necesariamente sigue que sea sello de bronce. Pero ya prosigamos con lo restante.

8. En este contexto, tenemos la omnipotencia en el Padre, una cierta potencia en el Hijo: díganos también qué piensa del Espíritu Santo. «La misma benignidad,» dice, «que se demuestra con el nombre de Espíritu Santo, no es en Dios potencia ni sabiduría (ABAEARDI Theologiae libro II, pág. 1085).» Vi a Satanás caer del cielo como un rayo (Luc. X, 18). Así debe caer quien camina en cosas grandes y maravillosas por encima de sí mismo. Ves, Santo Padre, qué escaleras, o más bien qué precipicios, este se ha preparado para su ruina. Omnipotencia, semipotencia, ninguna potencia. Solo al escucharlo me horroriza, y creo que ese mismo horror es suficiente para refutarlo. Sin embargo, presento un testimonio que, en medio de la confusión, surge para remover la injuria al Espíritu Santo. En Isaías se lee, Espíritu de sabiduría, Espíritu de fortaleza (Isa. XI, 2); por lo cual, ciertamente, la audacia de este, aunque no se comprime, se convence. ¡Oh lengua grandilocuente! Que se te perdone la injuria al Hijo o al Padre: ¿acaso la blasfemia al Espíritu? Permanece el ángel del Señor que te cortará por la mitad: porque has dicho, «No hay Espíritu Santo en Dios potencia ni sabiduría.» Así el pie de la soberbia cae cuando se precipita.

CAPÍTULO IV. Refuta la definición de fe, en la que dice Abaelardus que la fe es una estimación.

9. No es de extrañar que un hombre, que no se preocupa por lo que dice, al irrumpir en los arcanos de la fe, invada y desgarré tan irreverentemente los tesoros ocultos de la piedad; ya que sobre la misma piedad de la fe no siente ni piadosa ni fielmente. De hecho, en el primer umbral de su Teología, o más bien de su Estultilogía, define la fe como una estimación (Theologiae libro I, págs. 977 y 1061). Como si a cualquiera le fuera lícito sentir y hablar en ella lo que le plazca; o como si los sacramentos de nuestra fe dependieran de la incertidumbre en opiniones vagas y variadas, y no más bien subsistieran en una verdad cierta. ¿No es acaso si la fe fluctúa, vana es también nuestra esperanza? Por lo tanto, nuestros mártires fueron necios, soportando cosas tan amargas por cosas inciertas, sin dudar bajo la duda de la recompensa, entrar en un duro exilio por un largo final. Pero lejos esté de nosotros pensar que en nuestra fe o esperanza haya algo, como él piensa, que penda de una estimación dudosa; y no más bien todo lo que hay en ella, apoyado en una verdad cierta y sólida, persuadido divinamente por oráculos y milagros, estabilizado y consagrado por el parto de la Virgen, la sangre del Redentor, la gloria del resucitado. Estos testimonios se han hecho muy creíbles. Si no, al final el mismo Espíritu da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios. ¿Cómo, entonces, se atreve alguien a decir que la fe es una estimación, sino quien aún no ha recibido este Espíritu, o quien ignora el Evangelio o lo considera una fábula? Sé en quién he creído, y estoy seguro, clama el Apóstol (II Tim. I, 12): ¿y tú me susurras, «La fe es una estimación?» ¿Tú me murmuras algo ambiguo, cuando no hay nada más cierto? Pero Agustín de otra manera: «La fe,» dice, «no se tiene en el corazón en el que está, por conjetura u opinión, sino por ciencia cierta, con la conciencia aclamando.» Lejos esté, pues, lejos esté que la fe cristiana tenga estos límites. Estas son estimaciones de los Académicos, quienes dudan de todo, no saben nada. Yo, sin embargo, seguro, sigo la sentencia del Maestro de las Naciones, y sé que no seré confundido. Me agrada, confieso, su definición de fe, aunque este también la insinúe latentemente. La fe es, dice, sustancia de las cosas que se esperan, argumento de las que no se ven (Hebr. XI, 1). Sustancia, dice, de las cosas que se esperan, no fantasía de conjeturas vanas. Oyes sustancia. No te es lícito en la fe pensar o disputar a tu antojo; no vagar aquí y allá por las vanidades de las opiniones, por los desvíos de los errores.

Con el nombre de sustancia se te prefigura algo cierto y fijo: estás encerrado en límites ciertos, restringido por límites ciertos. Porque la fe no es estimación, sino certeza.

10. Pero presten atención a lo demás. Omito que dice que el espíritu del temor del Señor no estuvo en el Señor; que el temor del Señor, casto, no existirá en el siglo futuro; que después de la consagración del pan y del cáliz, los accidentes anteriores, que permanecen, penden en el aire; que las sugerencias de los demonios en nosotros se hacen por el contacto de piedras y hierbas, según la sagaz malicia de ellos conoce las diversas fuerzas de estas cosas para incitar y encender diversos vicios; que el Espíritu Santo es el alma del mundo; que el mundo, según Platón, es un animal tanto más excelente cuanto mejor alma tiene, el Espíritu Santo. Donde, mientras suda mucho, cómo hacer a Platón cristiano, se prueba a sí mismo pagano. Estas, digo, todas estas tonterías tuyas y no pocas otras de este tipo las paso por alto: vengo a cosas más graves. No porque responda a todas ellas; más bien sería necesario un volumen: hablo de aquellas que no pueden callarse.

CAPÍTULO V. Acusa a Abaelardus de preferir sus propios sentimientos o sueños a la sentencia unánime de los Padres; especialmente donde dice que Cristo no se encarnó para liberar al hombre del poder de Satanás.

11. El misterio de nuestra redención, como leí en un cierto libro de Sentencias suyo, y también en una cierta exposición suya de la Epístola a los Romanos, al abordar temerariamente la majestad, en el mismo comienzo de su disputa, dice que hay una sola sentencia de todos los doctores eclesiásticos sobre este asunto, y la expone y desprecia, y se gloria de tener una mejor: no temiendo transgredir el precepto del Sabio de no mover los límites antiguos que pusieron nuestros padres (Prov. XXII, 28). «Debe saberse,» dice, «que todos nuestros doctores después de los Apóstoles coinciden en esto, que el diablo tenía dominio y poder sobre el hombre, y lo poseía con derecho: es decir, porque el hombre, por la libertad de albedrío que tenía, voluntariamente consintió al diablo. Dicen, pues, que si alguien vence a otro, el vencido se constituye justo siervo del vencedor. Por eso,» dice, «como dicen los doctores, por esta necesidad se encarnó el Hijo de Dios, para que el hombre, que de otro modo no podía ser liberado, fuera liberado justamente del yugo del diablo por la muerte del inocente. Pero, como nos parece,» dice, «ni el diablo tuvo jamás algún derecho sobre el hombre, salvo quizás por permiso de Dios, como carcelero: ni el Hijo de Dios asumió carne para liberar al hombre.» ¿Qué juzgaré más intolerable en estas palabras, la blasfemia o la arrogancia? ¿Qué más condenable, la temeridad o la impiedad? ¿No sería más justo que una boca que habla tales cosas fuera golpeada con bastones que refutada con razones? ¿No provoca justamente en sí mismo las manos de todos, quien tiene su mano contra todos? Todos, dice, así: pero yo no así. ¿Qué, entonces, tú? ¿Qué mejor ofreces? ¿Qué más sutil encuentras? ¿Qué secreto te jactas de que te ha sido revelado, que ha pasado por alto a tantos santos, ha escapado a los sabios? Aguas furtivas y panes escondidos, creo, nos ofrecerá este.

12. Pero di, di lo que sea eso que te parece, y a ningún otro. ¿Es que el Hijo de Dios no asumió la humanidad para liberar al hombre? Esto claramente no le parece a nadie, excepto a ti: tú ves donde ves. Porque no lo recibiste de un sabio, ni de un profeta, ni de un apóstol, ni finalmente del mismo Señor. El Maestro de las Naciones recibió del Señor lo que también nos transmitió (I Cor. XI, 23). El Maestro de todos confiesa que su doctrina no es suya: Porque no hablo de mí mismo (Juan VII, 16; XIV, 10). Pero tú nos transmites de lo tuyo, y lo que no recibiste de nadie. Quien habla mentira, de lo propio habla (Juan VIII, 44). Por lo tanto, sean tuyas las cosas que son tuyas. Yo escucho a los profetas y apóstoles, obedezco al Evangelio, pero no al Evangelio según Pedro. ¿Tú nos compones un nuevo Evangelio? La Iglesia no recibe un quinto evangelista. ¿Qué la Ley, qué los Profetas, qué los Apóstoles, qué

los hombres apostólicos nos evangelizan sino lo que solo tú niegas, a saber, que Dios se hizo hombre para liberar al hombre? Y si un ángel del cielo nos evangelizara algo diferente, sea anatema.

13. Pero tú que no recibes a los doctores que vinieron después de los apóstoles, hombre que te has entendido por encima de todos los que te enseñan. De hecho, no te avergüenzas de decir que todos sienten en tu contra, cuando no disienten entre sí. En vano, por lo tanto, te propondría la fe y doctrina de aquellos que ya has proscrito: te llevaré a los Profetas. Habla bajo el tipo de Jerusalén al pueblo de adquisición, no el profeta, sino en el profeta, el Señor, diciendo: Te salvaré y te liberaré, no temas (Sof. III, 16, 17). ¿Preguntas de qué poder? No quieres que el diablo tenga, o haya tenido, poder sobre el hombre: confieso, ni yo. Sin embargo, no por eso no lo tiene, porque yo y tú no lo queramos. Esto si no lo confiesas tú, ni lo conoces: lo conocen y lo dicen los que han sido redimidos por el Señor, a quienes redimió de la mano del enemigo. Lo que de ninguna manera negarías tú, si no estuvieras bajo la mano del enemigo. No puedes dar gracias con los redimidos, quien no ha sido redimido. Porque si hubieras sido redimido, reconocerías al Redentor, y no negarías la redención. Ni busca ser redimido quien no se sabe cautivo. Pero quienes lo supieron, clamaron al Señor, y el Señor los escuchó, y los redimió de la mano del enemigo. Y para que entiendas quién es este enemigo, A quienes redimió, dice, de la mano del enemigo, de las regiones los congregó (Sal. CVI, 2, 6). Pero primero reconoce a este congregador, de Caifás profetiza en el Evangelio, que Jesús moriría por la gente. Y quien narra, sigue diciendo: No solo por la gente; sino para que los hijos de Dios, que estarán dispersos, los congregara en uno (Juan XI, 51, 52). ¿Dónde estaban dispersos? En todas las regiones. Por lo tanto, a quienes redimió, de las regiones los congregó. No congregaría, si no redimiera. Porque eran no solo dispersos, sino también cautivos. Redimió, y congregó: redimió, sin embargo, de la mano del enemigo. No dice, de los enemigos; sino, del enemigo. Un enemigo, muchas regiones. Porque no de una región, sino de las regiones los congregó, desde el oriente y el occidente, desde el norte y el mar (Sal. CVI, 3). ¿Quién es este único señor tan poderoso, que no presidió una sola región, sino todas? No otro, creo, que aquel que por otro profeta se dice que absorbe el río, es decir, el género humano, y no se maravilla: pero tiene confianza, que incluso el Jordán, es decir, la misma elección, fluye en su boca (Job XL, 18). Bienaventurados quienes así fluyen para salir, quienes así entran para salir.

14. Pero ¿qué? ¿Aún no crees a los Profetas, que así concuerdan sobre el poder del diablo en el hombre? Ven conmigo también a los Apóstoles. Dijiste que no sientes con aquellos que vinieron después de los Apóstoles. Asiente al menos a los Apóstoles, si acaso también te sucede lo que uno de ellos dice de algunos: Que Dios les conceda arrepentimiento para conocer la verdad, y que se rescaten de los lazos del diablo, por quien son cautivos a su voluntad (II Tim. XXV, 26). Es Pablo quien afirma que los hombres son cautivos del diablo a su voluntad. ¿Oyes a su voluntad, y niegas el poder? Si tampoco crees a Pablo, ven ya al mismo Señor; si acaso escuchas, y te aquietas. Pues por él es llamado Príncipe de este mundo (Juan XIV, 30), y fuerte armado (Luc. XI, 21), y poseedor de vasijas (Mat. XII, 29): ¿y dices que no tiene poder sobre los hombres? A menos que pienses que en este lugar se entiende otra cosa por atrio que el mundo; por vasijas que los hombres. Pero si el atrio del diablo era el mundo; y los hombres sus vasijas; ¿cómo no dominaba a los hombres? Dice también el Señor a quienes lo capturan: Esta es vuestra hora, y el poder de las tinieblas (Luc. XXII, 53). Este poder no pasó desapercibido para aquel que decía: Quien nos libró del poder de las tinieblas, y nos trasladó al reino del Hijo de su amor (Col. I, 13). Por lo tanto, el Señor no negó ni siquiera en sí mismo el poder del diablo, como tampoco el de Pilato, que era miembro del diablo. Dice, de hecho: No tendrías poder alguno sobre mí, si no te hubiera sido dado de

arriba (Juan XIX, 11). Y si en el árbol verde este poder dado de arriba se extendió tanto, ¿cómo no se atrevió a tocar el seco? Ni creo que este alegrará que el poder dado de arriba fue injusto. Aprenda, pues, que el diablo no solo tenía poder, sino también justo sobre los hombres: para que consecuentemente vea también esto, que ciertamente vino en carne el Hijo de Dios para liberar a los hombres. Sin embargo, aunque decimos que el poder del diablo era justo, no así su voluntad. Por lo tanto, no el diablo que invadió; no el hombre que lo mereció: sino el justo Señor que lo expuso. Porque no por el poder, sino por la voluntad se dice justo o injusto alguien. Así, pues, el hombre era justamente cautivo, aunque ni en el hombre ni en el diablo estaba esa justicia, sino en Dios.

CAPÍTULO VI. En la obra de la liberación humana no solo resplandece la misericordia, sino también la justicia.

15. Justamente, por lo tanto, el hombre fue entregado, pero misericordiosamente liberado; sin embargo, tan misericordiosamente, que no faltó cierta justicia incluso en la misma liberación: porque también fue de la misericordia del liberador, que (lo que convenía a los remedios de la liberación) usara más bien de justicia contra el invasor que de poder. Pues ¿qué podía hacer por sí mismo el hombre, siervo del pecado, cautivo del diablo, para recuperar la justicia una vez perdida? Por lo tanto, se le asignó una justicia ajena, quien carecía de la suya; y así fue. Vino el príncipe de este mundo, y en el Salvador no encontró nada: y cuando, sin embargo, puso sus manos sobre el inocente, perdió justísimamente a quienes tenía: cuando aquel que no debía nada a la muerte, al recibir la injuria de la muerte, liberó justamente al que estaba sujeto, tanto de la deuda de la muerte como del dominio del diablo. Pues ¿con qué justicia se exigiría esto de nuevo al hombre? Porque el hombre que debía, el hombre que pagó. Porque si uno, dice, murió por todos, entonces todos murieron (II Cor. V, 14): para que, evidentemente, la satisfacción de uno se impute a todos, así como uno llevó los pecados de todos; y ya no se encuentre otro que pecó, otro que satisfizo: porque la cabeza y el cuerpo son uno, Cristo. Satisfizo, por lo tanto, la cabeza por los miembros, Cristo por sus entrañas, cuando según el Evangelio de Pablo, por el cual se convence la mentira de Pedro, muerto por nosotros nos vivificó para sí, perdonándonos todos los delitos, borrando el documento de deuda que era contra nosotros, que nos era contrario; y lo quitó de en medio, clavándolo en la cruz, despojando a los principados y potestades (Col. II, 13, 14).

16. Ojalá yo sea hallado en estos despojos, en los cuales fueron despojadas las potestades contrarias, llevado y puesto en posesión del Señor. Si Laban, que me persigue, me acusa de haberme alejado de él en secreto, que escuche que me acerqué a él en secreto, y por eso me alejé en secreto. Me sometió a él la causa más secreta del pecado: me sustrajo a él la razón más oculta de la justicia. ¿O si fui vendido gratuitamente, no será redimido gratuitamente? Si Asur me calumnió sin causa, sin causa exige la causa de la evasión. Pero si dice, Tu padre te entregó; responderé, Pero mi hermano me redimió. ¿Por qué no otra justicia, cuando otra es la culpa? Otro que constituyó al pecador, otro que justifica del pecado; uno en la semilla, otro en la sangre. ¿O el pecado en la semilla del pecador, y no la justicia en la sangre de Cristo? Pero la justicia, dirá, sea de quien es: ¿qué tiene que ver contigo? Sea. Pero también sea la culpa de quien es: ¿qué tiene que ver conmigo? ¿O la justicia del justo será sobre él, y la impiedad del impío no será sobre él? No conviene que el hijo lleve la iniquidad del padre, y sea excluido de la justicia fraterna. Ahora, pues, por el hombre la muerte, y por el hombre la vida. Porque así como en Adán todos mueren, así también en Cristo todos serán vivificados (I Cor. XV, 21, 22): porque no me adhiero a aquel, como no también a este. Si a aquel por la carne; y por la fe a este: y si infectado de aquel por la concupiscencia original; también de Cristo he sido perfundido por la gracia espiritual. ¿Qué más se me imputa del prevaricador? Si la generación, opongo la regeneración: a menos que esta sea espiritual, aquella carnal, y no

sufra la razón de equidad que contiendan en igualdad: pero es necesario que el espíritu venza a la carne, y sea más eficaz la causa, cuya naturaleza es más poderosa; para que evidentemente la segunda generación aproveche más de lo que la primera haya dañado. Ciertamente el delito llegó a mí, pero también llegó la gracia. Y no como el delito, así también el don. Porque el juicio de uno para condenación; pero la gracia de muchos delitos para justificación (Rom. V, 16). Del primer hombre manó el delito, del cielo supremo la salida de la gracia. Ambos del padre, aquel del primero, esta del supremo. La natividad terrena me pierde: ¿y no mucho más la generación celestial me conserva? Ni temo ser así arrancado del poder de las tinieblas rechazado por el Padre de las luces, justificado gratuitamente en la sangre de su Hijo. Pues él mismo que justifica: ¿quién es el que condena? No condenará al justo, quien tuvo misericordia del pecador. Me diré justo, pero con su justicia. ¿Cuál es esta? Cristo es el fin de la ley, para justicia a todo creyente (Rom. X, 4). Finalmente, quien se hizo para nosotros, dice, justicia de Dios Padre (I Cor. I, 30). ¿Qué justicia, entonces, se me ha hecho, no es mía? Si mi culpa transmitida, ¿por qué no también mi justicia otorgada? Y ciertamente para mí más segura la donada, que la innata. Porque esta tiene gloria, pero no ante Dios: aquella, aunque es eficaz para la salvación, no tiene materia de gloriarse sino en el Señor. Porque aunque fuera justo, dice, no levantaré la cabeza (Job X, 15); para que evidentemente no reciba la respuesta: ¿Qué tienes que no hayas recibido? Y si lo recibiste, ¿por qué te glorías, como si no lo hubieras recibido? (I Cor. IV, 7.)

CAPUT VII. Critica a Abelardo por investigar impíamente y temerariamente los secretos de Dios y minimizarlos. 17. Esta es la justicia del hombre en la sangre del Redentor: que el hombre de perdición, soplando y burlándose, intenta tanto vaciar, que todo lo que el Señor de la gloria se anonadó a sí mismo, que fue hecho menor que los ángeles, que nació de mujer, que vivió en el mundo, que experimentó lo más bajo, que sufrió lo indigno, que finalmente, a través de la muerte de cruz, regresó a lo suyo: piense y discuta que debe reducirse solo a que entregara a los hombres una forma de vida viviendo y enseñando, pero sufriendo y muriendo fijara la meta de la caridad. ¿Entonces enseñó justicia, y no la dio; mostró caridad, pero no la infundió; y así regresó a lo suyo? ¿Es esto todo el gran misterio de la piedad, que fue manifestado en la carne, justificado en el espíritu, apareció a los ángeles, fue predicado a las naciones, creído en el mundo, asumido en gloria? (I Tim. III, 16). Un incomparable maestro, que incluso abriendo para sí los profundos secretos de Dios, y haciendo claros y accesibles los que quiere, nos devuelve el altísimo sacramento y el misterio escondido desde los siglos, tan claro y abierto con su mentira, que cualquiera, incluso incircunciso e impuro, puede pasar ligeramente por él: como si la sabiduría de Dios no supiera o descuidara lo que ella misma prohibió, sino que diera lo santo a los perros, y las perlas a los cerdos. Pero no es así. Pues aunque fue manifestado en la carne, sin embargo, fue justificado en el espíritu: para que las cosas espirituales se confieran a los espirituales; y el hombre animal no perciba las cosas del espíritu de Dios; ni nuestra fe esté en la sabiduría de la palabra, sino en el poder de Dios. Por eso el Salvador dice: Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas de los sabios y entendidos, y las revelaste a los pequeños (Mat. XI, 25); y el Apóstol: Si nuestro evangelio está encubierto, está encubierto para los que se pierden (II Cor. IV, 3).

18. Finalmente, observen al hombre que se burla de las cosas del espíritu de Dios, porque le parecen necedad; y que insulta al Apóstol hablando de la sabiduría de Dios en misterio escondido; que arremete contra el Evangelio, blasfemando al Señor. Cuánto más prudente sería que lo que no puede comprender, se dignara creerlo, y no se atreviera a despreciar o pisotear el sagrado y reverendo misterio. Es largo responder a todas sus necedades y calumnias, que construye con consejo divino. Sin embargo, presento algunas cosas, de las cuales se pueden estimar las demás. "Cuando solo a los elegidos liberó Cristo, ¿cómo los

poseía el diablo, ya sea en este siglo, o en el futuro más que ahora?" Respondemos: Más bien, porque el diablo poseía a los elegidos de Dios, de quienes, como dice el Apóstol, eran mantenidos cautivos a su voluntad (II Tim. II, 26): para que se cumpliera el propósito de Dios sobre ellos, fue necesario un libertador. Era necesario ser liberados en este siglo, para que fueran libres en el futuro. Luego añade: "¿Acaso también al pobre que descansaba en el seno de Abraham, como al rico condenado, lo atormentaba el diablo; o incluso tenía dominio sobre Abraham y los demás elegidos?" No: pero lo habría tenido, si no hubieran sido liberados por la fe en el que había de venir, como está escrito de Abraham: Abraham creyó a Dios, y le fue contado por justicia (Gen. XV, 6); también: Abraham se regocijó de ver mi día; y lo vio, y se alegró (Juan XVIII). Por eso ya entonces la sangre de Cristo rociaba incluso a Lázaro para que no sintiera las llamas: porque también él había creído en aquel que iba a sufrir. Así debe pensarse de todos los elegidos de aquel tiempo, nacidos también ellos, al igual que nosotros, bajo el poder de las tinieblas, por el pecado original: pero rescatados antes de morir, y no sino en la sangre de Cristo. Pues está escrito: Las multitudes que iban delante, y las que seguían, clamaban diciendo: Hosanna al hijo de David, bendito el que viene en el nombre del Señor (Mat. XXI, 9). Por lo tanto, a Cristo viniendo en carne, y antes de que viniera, y después, fue bendecido por las multitudes de los benditos: aunque los que iban delante no consiguieron entonces la bendición plena, reservada sin duda esta prerrogativa al tiempo de la gracia.

CAPUT VIII. Por qué Cristo asumió un modo tan grave y laborioso de liberarnos, cuando solo su voluntad o mandato hubiera sido suficiente.

19. Luego, esforzándose por enseñar y persuadir, que el diablo no podía ni debía reclamar ningún derecho sobre el hombre, sino por permiso de Dios, y que sin injusticia del diablo, Dios podía reclamar a su fugitivo, si quería tener misericordia, y liberarlo solo con su palabra, como si alguien lo negara, después de mucho tiempo añade: "¿Qué necesidad, o qué razón, o qué obra hubo, cuando con solo su mandato, la divina misericordia podía liberar al hombre del pecado; para que por nuestra redención el Hijo de Dios, habiendo asumido carne, soportara tantas y tan grandes hambres, oprobios, azotes, escupitajos, finalmente la misma ignominiosa y áspera muerte de cruz, para que con los inicuos soportara el patíbulo?" Respondemos: Nuestra necesidad fue, y la necesidad dura de los que estaban sentados en tinieblas y sombra de muerte. Obra, igualmente nuestra, y de Dios mismo, y de los santos ángeles. Nuestra, para quitar el yugo de nuestra cautividad: suya, para que se cumpliera el propósito de su voluntad: de los ángeles, para que se completara su número. Además, la razón de este hecho fue la dignación del que lo hizo. ¿Quién niega que al Omnipotente le estaban a mano otros y otros modos de nuestra redención, justificación, liberación? Pero esto no prejuzga la eficacia de este, que de muchos eligió. Y tal vez este prevalece, por el cual en la tierra del olvido, de la pesadez, de nuestra caída, fuéramos más fuertemente y vivamente advertidos por tantos y tan grandes sufrimientos del Reparador. Sin embargo, nadie de los hombres sabe, ni puede conocer plenamente, qué bien para la gracia, qué conveniencia para la sabiduría, qué decoro para la gloria, qué conveniencia para la salvación, contiene en sí misma la profundidad inscrutable de este venerable misterio: que el profeta considerando se espantó, no penetró (Habac. III, 2, según LXX); y el precursor del Señor se juzgó indigno de penetrarlo (Juan I, 27).

20. Sin embargo, si no es lícito escudriñar el misterio de la voluntad divina, es lícito, sin embargo, sentir el efecto de la obra, percibir el fruto de la utilidad. Y lo que es lícito saber, no es lícito callar: porque gloria de los reyes es ocultar la palabra, y gloria de Dios investigar el discurso (Prov. XXV, 27). ¡Fiel es el discurso, y digno de toda aceptación! porque cuando aún éramos pecadores, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo (Rom. V, 10). Donde hay reconciliación, hay remisión de pecados. Pues si, dice la Escritura, nuestros

pecados separan entre nosotros y Dios (Isai. LIX, 2), permaneciendo el pecado, no hay reconciliación. ¿En qué, entonces, la remisión de los pecados? Este cáliz, dice, del nuevo testamento en mi sangre, que por vosotros será derramada para remisión de los pecados (Mat. XXVI, 28; Luc. XXII, 20). Por lo tanto, donde hay reconciliación, hay remisión de pecados. ¿Y qué es eso mismo, sino justificación? Ya sea reconciliación, ya sea remisión de pecados, ya sea justificación; o incluso redención, o liberación de las cadenas del diablo por el cual éramos mantenidos cautivos a su voluntad: obtenemos, intercediendo la muerte del Unigénito, justificados gratuitamente en su sangre, en quien, como dice el mismo, tenemos redención por su sangre y remisión de pecados, según las riquezas de su gracia (Ephes. I, 7). ¿Por qué, preguntas, por la sangre, lo que pudo hacer por la palabra? Pregúntale a él mismo. A mí me es lícito saber que así es: por qué así, no me es lícito. ¿Acaso dice la obra al que la hizo: ¿Por qué me hiciste así?

21. Pero esto le parece necedad: no puede contener la risa. Escuchen las carcajadas. "¿Cómo," dice, "justificarnos o reconciliarnos con Dios por la muerte de su Hijo dice el Apóstol, quien tanto más debió irritarse contra el hombre, cuanto más los hombres pecaron al crucificar a su Hijo, que al transgredir su primer mandamiento con el gusto de un solo fruto?" Como si no pudiera desagradar a Dios en un mismo y único hecho la iniquidad de los malvados, y agradar la piedad del paciente. Y dice: "¿Qué si tan grande fue aquel pecado de Adán, que no pudo expiarse sino con la muerte de Cristo, qué expiación tendrá el mismo homicidio, que se cometió en Cristo?" Brevemente respondemos, la misma sangre que derramaron y la intercesión de aquel a quien mataron. Añade también: "¿Acaso la muerte del inocente Hijo agradó tanto a Dios Padre, que por ella se reconciliara con nosotros, quienes pecando cometimos esto, por lo cual el inocente Señor fue asesinado: y si no se cometiera este máximo pecado, aquel mucho más leve pudo perdonar?" No la muerte, sino la voluntad agradó del que voluntariamente murió, y con esa muerte borrando la muerte, operando la salvación, restituyendo la inocencia, triunfando sobre principados y potestades, despojando a los infiernos, enriqueciendo a los cielos, pacificando lo que está en el cielo y lo que está en la tierra, renovando todo. Y puesto que esta muerte tan preciosa, voluntariamente asumida contra el pecado, no obstante, no podía hacerse sino por el pecado, no deleitándose ciertamente, pero sí usando bien la malicia de los malvados, y condenó la muerte con la muerte, y del pecado condenó el pecado. Y cuanto mayor fue la iniquidad de ellos, tanto más santa su voluntad, y más poderosa para salvar: de modo que mediante tan gran poder, aquel antiguo pecado, aunque grande, necesariamente, sin embargo, ceda a este, que en Cristo, fue cometido, como menor al mayor. Ni al pecado ni a los pecadores se atribuye esta victoria; sino al que bien usa el pecado, y soporta fuertemente a los pecadores, y convierte en uso de piedad, todo lo que la crueldad de los impíos se atrevió contra él.

22. En verdad, la sangre que fue derramada, fue tan abundante para perdonar, que incluso borró el mismo máximo pecado, por el cual se hizo que fuera derramada; y por lo tanto, no dejó ninguna duda sobre la eliminación de aquel antiguo, como más leve. Luego este. "¿A quién," dice, "no le parece cruel e injusto, que alguien haya requerido la sangre del inocente como precio de algo, que de alguna manera le haya agradado que el inocente fuera asesinado; mucho menos que Dios haya tenido tan aceptada la muerte del Hijo, que por ella se haya reconciliado con el mundo entero?" No requirió Dios Padre la sangre del Hijo, pero sin embargo aceptó la ofrecida; no sediento de sangre, sino de salvación, porque la salvación estaba en la sangre. Salvación ciertamente, y no, como este piensa y escribe, solo una demostración de caridad. Así concluye todas sus calumnias e invectivas, que tan impiamente como ignorantemente vomitó contra Dios, diciendo: "Todo lo que Dios apareció en carne, es

nuestra instrucción de su palabra y ejemplo, o, y después dice, instrucción; todo lo que sufrió y murió, es una demostración o recomendación de su caridad hacia nosotros."

CAPUT IX. Cristo vino al mundo, no solo por nuestra instrucción, sino también por nuestra liberación.

23. Sin embargo, ¿de qué sirve que nos instruya, si no nos restaura? ¿O acaso se nos instruye en vano, si no se destruye primero en nosotros el cuerpo del pecado, para que no sirvamos más al pecado? Si todo lo que Cristo benefició, fue solo en la demostración de virtudes; queda por decir que Adán también perjudicó solo por la demostración del pecado: si según la calidad de la herida se trajo la medicina. Pues como en Adán todos mueren, así también en Cristo todos serán vivificados (I Cor. XV, 22). Por lo tanto, como esto, así también aquello. Si la vida que da Cristo no es otra que su instrucción; tampoco la muerte que dio Adán será otra igualmente que su instrucción: para que aquel, en efecto, con su ejemplo, informara a los hombres al pecado, y este, con su ejemplo y palabra, a vivir bien y amarse a sí mismos. O si, adhiriéndonos a la fe cristiana, y no a la herejía pelagiana, confesamos que el pecado de Adán se transmite a nosotros por generación, no por instrucción, y por el pecado la muerte; debemos confesar también que por Cristo nos fue restituida la justicia, no por instrucción, sino por regeneración, y por la justicia la vida: para que como por la transgresión de uno vino la condenación a todos los hombres, así también por la justicia de uno vino la justificación de vida a todos los hombres (Rom. V, 18). Y si es así, ¿cómo dice él, "el consejo y la causa de la encarnación fue iluminar al mundo con la luz de su sabiduría, y encenderlo en su amor"? ¿Dónde está entonces la redención? De Cristo, como se digna admitir, iluminación y provocación al amor: redención y liberación, ¿de quién?

24. Supongamos que la venida de Cristo beneficia a aquellos que pueden conformarse a él por la vida, y devolverle el amor: ¿qué de los niños? ¿qué luz de sabiduría dará a los que apenas captan la luz de la vida? ¿de dónde ascenderán al amor de Dios, quienes aún no saben amar a sus madres? ¿Nada beneficiará a ellos la venida de Cristo? ¿nada que sean plantados en la semejanza de su muerte por el Bautismo, ya que aún no pueden, por la edad que lo impide, saborear o amar a Cristo? "Nuestra redención," dice, "es esa suma en nosotros por la pasión de Cristo amor." Entonces los niños no tienen redención, porque no tienen ese amor supremo. ¿O como no tienen de dónde amar, tampoco de dónde perecer, para que no sea necesaria para ellos la regeneración en Cristo, como si la generación de Adán no les hubiera hecho daño? Si esto piensa, con Pelagio se equivoca. Cualquiera de estas cosas que sienta, queda claro cuánto envidia al sacramento de nuestra salvación; cuánto, en lo que a él respecta, vacía la alta dispensación del misterio, que todo lo de la salvación lo atribuye a la devoción, nada a la regeneración: que la gloria de nuestra redención, y la suma de la salvación, no la establece en la virtud de la cruz, no en el precio de la sangre, sino en los progresos de nuestra conversación. Pero a mí, lejos esté gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo (Galat, VI, 14), en la cual está nuestra salvación, vida y resurrección.

25. Y ciertamente veo tres cosas principales en esta obra de nuestra salvación: la forma de humildad, en la cual Dios se anonadó a sí mismo; la medida de la caridad, que se extendió hasta la muerte, y muerte de cruz; el sacramento de la redención, por el cual la misma muerte que sufrió, la quitó. De estos dos primeros sin el último son como si pintaras sobre el vacío. Gran y muy necesario ejemplo de humildad, gran y digno de toda aceptación ejemplo de caridad: pero no tienen fundamento, y por lo tanto ni estado, si falta la redención. Quiero seguir a Jesús con todas mis fuerzas; deseo abrazar con ciertos brazos de amor vicario a aquel que me amó, y se entregó por mí: pero debo también comer al Cordero pascual. Pues si no como su carne, y bebo su sangre, no tendré vida en mí mismo. Otra cosa es seguir a Jesús,

otra cosa es tenerlo, otra cosa es comerlo. Seguir, es un consejo saludable; tener y abrazar, es un gozo solemne; comer, es vida bienaventurada. Pues su carne es verdadera comida, y su sangre es verdadera bebida. Es el pan de Dios que descendió del cielo, y da vida al mundo (Juan VI, 56, 33). ¿Qué estado hay para el gozo, o el consejo, sin vida? Sin duda, ninguno otro que el de una pintura sin sólido. Por lo tanto, ni los ejemplos de humildad, ni los signos de caridad, sin el sacramento de la redención, son algo.

26. Estas cosas, Señor, Padre, de la obra de las manos de vuestro siervo, cualesquiera que sean, las tenéis, contra pocos capítulos de la nueva herejía: donde aunque no reconozcáis otra cosa que mi celo, sin embargo, he satisfecho por ahora mi propia conciencia. Pues como no había nada que pudiera hacer por la injuria de la fe que lamentaba; considero que he hecho algo valioso, si he advertido a aquel, cuyas armas son poderosas en Dios para la destrucción de las afirmaciones contrarias, para destruir toda altitud que se exalta contra el conocimiento de Dios, y llevar cautivo todo entendimiento a la obediencia de Cristo. Hay también otras cosas en otros de sus escritos, no pocas, ni menos malas, capítulos, a los cuales ni el tiempo, ni la estrechez de la carta permite responder. Aunque tampoco lo considero necesario, ya que son tan manifiestos, que incluso la fe comúnmente divulgada fácilmente los refuta. Sin embargo, he recogido algunos, y los he enviado.